

El terrorista de Atacama

ANDRES IBAÑEZ ULLOA

ANDRÉS ANTONIO IBAÑEZ ULLOA

EL
TERRORISTA
DE ATACAMA

El terrorismo no tiene fronteras

Capítulo 1

EL TERRORISTA

DE ATACAMA

ANDRÉS IBÁÑEZ ULLOA

1

Ya no había vuelta atrás. Abrió la puerta de la bodega y dejó el cuerpo sin vida en el interior. Bajó corriendo la escalera y llegó al patio de carga. Se detuvo. Miró para todos lados. Nadie lo observaba. Caminó hacia el portón, se agachó y deslizó la mochila que contenía la bomba.

Al salir del lugar, colgó en su cuello la credencial aeronáutica.

El diseño arquitectónico, inspirado en las dunas y cerros del desierto de Atacama, y los hermosos jardines que lo rodean, llaman la atención de los pasajeros en tránsito. A pesar de ser un aeropuerto pequeño, y de vuelos locales, tiene un importante flujo de personas.

Durante el año, la salida y llegada de los aviones es puntual, excepto en el invierno. En este período la terminal, el estacionamiento de aviones y la pista de aterrizaje/despegue son cubiertas en su totalidad por una espesa neblina costera llamada «Camanchaca», reduciendo la visibilidad a un par de metros. Esto provoca atrasos o suspensión de los vuelos comerciales.

Por ser un aeropuerto 12H, la apertura de la terminal comienza a las siete de la mañana y el término de las operaciones de vuelo es a las diez de la noche.

Antes de permitir el ingreso de los pasajeros, los funcionarios de la concesionaria deben realizar un chequeo completo a las instalaciones, con el propósito de verificar el funcionamiento de los servicios básicos, el aseo, el ascensor y la escalera mecánica que está en la zona de libre acceso.

Los sectores llamados «estériles» (lugares bajo vigilancia de personal de seguridad aeronáutico) son revisados por el jefe de operaciones del aeropuerto, cargo que recae en Dylan Flores, un destacado y comprometido trabajador de la empresa concesionaria.

A pesar de ser una actividad rutinaria, Dylan cumple a cabalidad con su trabajo y con las exigencias de seguridad que impone la Dirección General de Aeronáutica Civil (DGAC).

Luego de imprimir la hoja con el check list, Dylan se dirigió hacia la sala de embarque. Bajó la escalera y llegó frente a las puertas de vidrio, abrió una de ellas e ingresó.

—Buenos días, señor Flores —dijeron al unísono los funcionarios de seguridad aeroportuaria.

—Buenos días —respondió.

—¿Cómo estás para el turno de hoy, Dylan? —preguntó Luis Arnés, el jefe de seguridad, mientras le pasaba el detector de metales por su cuerpo.

—Motivado al ciento por ciento, ¿Y tú, amigo?

—Estoy bien, aunque un poco preocupado porque la Camanchaca está

avanzando muy rápido.

—Así me di cuenta cuando llegué a la oficina. Lamentablemente, este sol radiante será cubierto muy pronto por la neblina.

—Hay que estar atento al aviso que de la torre de control a las aerolíneas. Si hay atraso de vuelos tendremos una larga jornada —comentó, Arnés.

—Creo lo mismo, Luis.

Al pasar el control de seguridad, Dylan ingresó a la sala de embarque, un pequeño recinto de murallas blancas y con amplios ventanales que permiten ver los jardines exteriores, los estacionamientos de aviones y la pista de aterrizaje/despegue.

Lo primero que realizó fue la prueba de los micrófonos, luego encendió las computadoras que están en los counter de las compañías aéreas. Después revisó el aseo de los baños y de la sala. Por último, checó que las puertas de embarque estuvieran operativas, ya que, a diferencia de otras terminales aéreas, el aeropuerto de Atacama no tiene pasarelas de acceso a los aviones.

Al terminar la inspección, y comprobar que todo estaba funcionando bien, Dylan abandonó la sala para dirigirse a su oficina. Cuando llegó al hall principal, escuchó por los parlantes ubicados en el techo:

«Su atención por favor, Fly Airlines anuncia que, debido a condiciones climáticas adversas en el aeropuerto de Atacama, su vuelo nueve siete uno procedente de la ciudad de Santiago se encuentra demorado, estimando su arribo a las doce con treinta minutos. Muchas gracias por su atención».

Tal cómo lo imaginé, pensó.

Antes de subir al segundo piso fue interceptado por un pasajero.

—Buen día, señor ¿usted trabaja aquí?

—Buen día. Sí, me llamo Dylan Flores, soy el jefe de operaciones.

—Mucho gusto —el pasajero le extendió la mano—. Mi nombre es Rodrigo Vega. Primera vez que estoy en Copiapó y en este aeropuerto.

—Bienvenido. ¿En qué le puedo ayudar?

— ¿A qué hora es habitual que lleguen y despeguen los aviones cuando

hay neblina? Debo estar en Santiago a las tres de la tarde.

—Eso depende de las condiciones meteorológicas, pero casi siempre el aeropuerto comienza a operar con normalidad al medio día. Lo más probable es que su vuelo despegue a la una de la tarde.

— Que bueno. Muchas gracias por la información.

—De nada, que tenga buen viaje.

Al llegar a su oficina se preparó un café latte en su nueva máquina Dolce Gusto que le había regalado su esposa en su reciente cumpleaños.

Con el café en una mano y el informe de la inspección de esta mañana en la otra, Dylan se acercó a la secretaria, le entregó los papeles y esperó que ella firmara el libro de recepción. Cuando retornaba a su escritorio, escuchó la voz de Arnés que salía por el parlante del radiotransmisor:

—¡Atento, delta foxtrot! ¿Me copias?

—Copiando, Luis.

—Tenemos una clave alfa.

—¡No puede ser! ¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Es en el sector uno.

—Okey, iniciaré de inmediato el procedimiento con mi personal —Dylan cambió de canal y transmitió la alerta — ¡Atento guardias! ¡Clave alfa en el exterior, entrada número uno! ¡Retiren a las personas que se encuentren cercanas a la maleta y cierren el lugar con barreras!

—Copiado, jefe —respondió uno de los guardias.

Dylan dejó la taza de café a medio terminar y bajó corriendo la escalera con destino a la sala de cámaras.

De acuerdo con el protocolo, tenía cinco minutos para identificar al pasajero que dejó la maleta abandonada, en caso contrario debía iniciar la fase dos.

Al llegar a la sala, se acercó al NVR, configuró la velocidad de reproducción rápida y comenzó a revisar los videos. Retrocedió a un horario en que la maleta no estaba en una de las cámaras y desde ahí inició su búsqueda.

Faltando un minuto para terminar el plazo, Arnés le preguntó:

—Dylan, ¿Alguna novedad?

—Sí. He identificado a una mujer que estaba sentada en las bancas exteriores con maletas al frente de ella y otra al lado. Se subió a un vehículo azul y asió sólo dos maletas, dejando la otra abandonada.

—¡Copiado! ¡Evacuemos el aeropuerto, rápido!

—¡Okey! —respondió, Dylan—. ¡Guardias, fase dos clave alfa! ¡repito! ¡fase dos claves alfa!

Los guardias de seguridad corrieron a tomar las posiciones que tantas veces habían practicado en los simulacros de emergencia. Uno de ellos se acercó a una pared y levantó el seguro de la alarma contra incendios.

El ruido de las sirenas se mezcló con los gritos del personal de seguridad aeronáutica. Los funcionarios recorrían la sala de embarque y el hall principal dando instrucciones a los pasajeros y trabajadores para que evacuaran rápido el aeropuerto y fueran hacia los puntos de encuentro de emergencia (P.E.E.) ubicados en el estacionamiento y en los jardines cercanos a la pista de aterrizaje.

Dylan ayudaba a sacar a la gente mientras informaba por teléfono a los estamentos gubernamentales los detalles de la emergencia. Arnés hacía lo suyo entregando información por radio al teniente a cargo del grupo de operaciones especiales (GOPE) de Carabineros de Chile.

El nerviosismo, la expectación y el asombro de las personas que estaban siendo evacuadas era enorme. Desde la distancia algunas de ellas sacaban fotografías o grababan videos para subir a las redes sociales y comentar el alboroto que estaba ocurriendo en el lugar.

Dylan corría de un lado para otro y revisaba que cada acceso a la terminal estuviera cerrado y que ninguna persona quedara en el interior. Dos guardias le ayudaban en esta tarea, checando el ascensor, las oficinas, el restaurante y los baños.

Luis Arnés le informó por radio a Dylan que debía integrarse al Comité de Operaciones de Emergencias (COE) que ya estaba constituido, sólo faltaba él.

Personal de seguridad confirmó que el edificio estaba vacío y que ellos se unirían a las personas que estaban a resguardo.

Los primeros equipos de emergencia que llegaron al lugar procedentes, de la ciudad de Caldera, fueron las ambulancias, los carros de bomberos y dos patrullas de Carabineros. Los policías tomaron el control del aeropuerto, de los accesos peatonales y vehiculares.

Dylan y Luis Arnés escuchaban las indicaciones del presidente del COE cuando vieron ingresar el carro blindado del GOPE. Seis policías descendieron del vehículo. Dos de ellos abrieron la puerta trasera y comenzaron a sacar los implementos que utilizarían en el operativo. El resto ayudaba a vestir a uno de sus compañeros con el traje anti bombas. El teniente a cargo de la operación se acercó al grupo del COE.

—Buen día, soy el teniente Domínguez.

—Buen día, teniente. Mi nombre es Mauricio Muñoz, presidente del comité de emergencia.

—Señor Muñoz, hemos tomado el control del edificio y de la situación, tal como lo establece el protocolo. Nosotros estamos al mando ahora hasta que termine la alerta y sea seguro reiniciar las actividades en el aeropuerto. En este momento un oficial policial está siendo equipado para acercarse al bulto.

El traje antibombas Med-Eng EOD 9 terminó de ser ajustado al policía que tenía la misión de acercarse a la maleta abandonada. El uniformado agarró un extremo de un cable que salía del vehículo blindado y comenzó a caminar hacia la zona que había sido delimitada con barreras de plástico por los guardias de seguridad. Al mismo tiempo que él avanzaba, uno de sus colegas iba desenrollando el cable.

Cuando llegó a la maleta, conectó un diminuto explosivo al extremo del cable; retrocedió hacia el vehículo policial y presionó el detonador.

Muchos de los presentes dieron un salto al sentir el estallido que los tomó por sorpresa. Dylan estaba preparado porque seguía con su mirada todos los movimientos del policía. Desde la distancia pudo ver parte de la ropa, los zapatos y de la maleta. Todos destrozados por la explosión controlada.

Por fortuna, la maleta sólo contenía equipaje y lo más probable era que la persona que la dejó abandonada había olvidado subirla al auto. Esto le saldría bastante caro ya que debido a este descuido fue necesario movilizar una serie de recursos estatales.

Después de terminado el operativo, Dylan se acercó al teniente Domínguez para consultar si podía reingresar a las personas a la terminal.

El oficial asintió con la cabeza.

Los trabajadores, pasajeros y personal del aeropuerto fueron ingresando de forma ordenada. Las conversaciones y el bullicio volvieron a apoderarse del lugar. Esta vez, la espera del aterrizaje de los aviones atrasados se hizo más corta, ya que, desde el momento en que se activó la alarma y el reingreso pasaron dos horas.

A esta hora la neblina costera comenzaba a disiparse.

Después de dar su declaración a la policía, Dylan entregó las instrucciones a los guardias y coordinó las actividades con el personal de aseo. Cuando el ambiente estaba más relajado, se dirigió hasta el micrófono ubicado en los mesones de check in, presionó el botón para activar el sonido, esperó el anuncio sonoro del parlante y dijo:

«Su atención por favor, se les recuerda a los pasajeros que de acuerdo con las disposiciones dictadas por la Dirección General de Aeronáutica Civil está prohibido abandonar bultos o maletas en el aeropuerto, al no respetar estas normas, su vuelo puede verse afectado. Agradecemos cumplir con esta normativa a cabalidad. Muchas gracias por su atención».

A medida que avanzaba en su vehículo todo terreno por la ruta cinco en dirección al norte, José Alcérreca podía observar el cerro llamado «La ballena» y la ciudad de Caldera, un pintoresco y tranquilo lugar en donde podía dedicar horas al descanso, la lectura y al estudio del Corán.

Alcérreca había aterrizado hacía pocos minutos en el aeropuerto de Atacama. Venía en un vuelo precedente de Santiago, en una combinación que lo había traído desde Francia.

Este abogado de mediana estatura, delgado, calvo y con cincuenta años, había creado en Caldera su propio estudio jurídico especializado en propiedades mineras. Era experto en esta área y conocía a la perfección todos los sectores mineros de Atacama, inclusive aquellos que no figuraban en los mapas.

Al llegar a su casa estacionó el vehículo 4x4, apagó el motor e ingresó. En el interior le esperaban su único hijo y Miriam, su esposa.

—Bienvenido a casa —dijo ella, dándole una mirada fugaz mientras observaba la televisión y escuchaba a una periodista relatar la noticia:

«A tres días del horrible atentado ocurrido en Francia, donde un grupo de terroristas asesinaron y dejaron heridas a varias personas que asistían al concierto del grupo de rock metálico “Ángeles caídos” y que

posteriormente hicieron explotar sus mochilas gritando la consigna 'Allahu...» —. Alcérreca se acercó al televisor y lo apagó; caminó hacia su esposa y la saludó con un beso en la frente. Luego abrazó a su hijo.

José es un padre y esposo excepcional. Además, es un hombre muy culto, educado y conversador. Domina varios idiomas, entre ellos: inglés, francés y árabe.

Parece ser un ciudadano, vecino y amigo ideal, sin embargo, oculta un lado siniestro.

A las seis de la tarde, Dylan terminó el turno, dejó su escritorio ordenado, apagó las luces de la oficina y se dirigió al estacionamiento; subió a su vehículo y lo puso en marcha, se acercó a la barrera, pasó su tarjeta identificadora por el sensor y ésta se abrió. Avanzó por la pista principal de la calle de salida e ingresó a la ruta cinco con dirección a Caldera.

A los quince minutos de salir del aeropuerto llegó a su casa.

—Hola, amor —dijo Francisca, abrazándolo y dándole un gran beso en los labios.

—Hola, preciosa ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿y tú? Después de ese intenso operativo que vi en las redes sociales.

—Bien. Por suerte no fue para mayor el incidente. Solo una falsa alarma. Los aviones ya estaban atrasados, así que las operaciones de vuelo no se vieron afectadas por esto, sino que por condiciones climáticas.

—¿Era necesario tanto alboroto, amor?

—¡Es muy necesario! Debemos seguir el protocolo. Si no se ubica al propietario de una maleta o bulto abandonado en un plazo de cinco minutos se activa la emergencia. Aunque después resulte ser solo unos calzoncillos y zapatos que vuelan por el aire. ¿Dónde está Juan Pablo?

—En la casa de su amigo Roberto. Me dijo que estaría de vuelta pronto.

Dylan ayudó a su esposa a preparar la mesa para la tradicional cena en familia. Mientras ambos estaban en esta actividad apareció Juan Pablo corriendo por el pasillo a arrojarle a los brazos de su padre y detrás de él iba su perro Rex, que moviendo la cola y parado en dos patas se lanzaba

encima de ellos.

Dylan sentía que la vida lo había premiado con la familia que tenía, amaba con todo su ser a su esposa e hijo y daría todo por ellos, inclusive su propia vida si fuese necesario.

Francisca y Dylan se conocieron mientras ambos estudiaban en la Universidad de Atacama en Copiapó. Ella cursaba Licenciatura en inglés y él Ingeniería en Computación. A los 24 años, recién egresados los dos, decidieron unirse en matrimonio civil y desde esa época no se separaron más.

Dylan siempre contaba que se deslumbró al verla por primera vez. Él reconoce que fueron los ojos almendrados de color café claro y la piel trigueña de Francisca lo que llamó su atención; pero luego se enamoró de su esencia, de aquel maravilloso ser lleno de amor y bondad.

Fran, como le dicen sus amigos, quedó embarazada a los dos meses de estar casada, Su embarazo no fue fácil, tuvo varias complicaciones, incluso con posibilidades de pérdida del bebé que venía en camino. Debó permanecer en casa bajo el cuidado de su madre durante todo el embarazo mientras Dylan trabajaba.

Contra todo pronóstico, Juan Pablo nació sano, empero, su médico ginecólogo le indicó que debido a los problemas que había tenido era probable que no pudiera engendrar otro hijo.

Francisca terminó de llenar el plato de Dylan y todos comenzaron a cenar.

—¿Cómo estuvo tu día, papá?

—En general bien hijo, algunas complicaciones menores en el trabajo, pero todo bien.

—¿Estás muy cansado, papito?

—No, hijo. ¿Por qué?

—¿Podemos jugar un ratito PlayStation?

—¿Eh?... bueno, terminamos la cena y jugamos, pero sólo una hora.

—¡Genial! —exclamó el niño.

Una vez finalizada la cena, Dylan ayudó a Francisca a retirar la mesa y a lavar la loza. Juan Pablo fue a la sala de juegos a encender la TV y la Play

para dejar todo listo y preparado.

Padre e hijo estuvieron jugando y riendo por más de una hora.

A las nueve de la noche, Dylan besó a Juan Pablo y le indicó que ya era hora de acostarse. El niño lo abrazó fuerte y le dijo lo mucho que lo amaba, luego fue a lavarse los dientes, se puso el pijama e ingresó a su dormitorio.

Dylan salió de la sala de juegos en dirección a la habitación en donde se encontraba Fran, que, acostada sobre su estómago, veía televisión. Se acercó a ella, le dio una suave palmada en su nalga izquierda y le cerró un ojo mientras le decía:

—Ahora nos toca jugar a nosotros.

Francisca lo miró con una sonrisa pícaro y presionó el botón apagar del control remoto. Dylan se acostó encima de ella y la comenzó a besar. Le subió la camisola hasta la altura de los senos y recorrió con la lengua los pezones erectos; bajó por su pecho, llegó al ombligo y siguió avanzando hasta detenerse en el lado interno de los muslos. Desde aquí, inició un suave recorrido hasta llegar a su parte íntima.

2

A las siete de la mañana, cuando Dylan estaba sacando el vehículo para ir a trabajar, vio llegar a su vecino que ocupa la casa contigua a la de él como estudio jurídico.

—¡Buen día!

—¡Buen día! ¿Has madrugado hoy? —preguntó, Dylan.

—¡Sí! He estado unos días fuera del país y tengo que poner al día el trabajo pendiente.

—Me parece muy bien. ¿Qué harás este fin de semana, José?

—Nada especial, estaremos con mi esposa en casa.

—Fran preparará su famoso pollo relleno y pensamos en que tú y Miriam nos podrían acompañar mañana, a la hora del almuerzo.

—¡Por supuesto que sí amigo! Yo llevaré el vino, un Almaviva 2015, para acompañar ese exquisito almuerzo.

—¡Estupendo! Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Dylan subió a su camioneta, encendió el motor, puso la primera marcha y comenzó a avanzar por la calle Batallones de Atacama; dobló a la derecha por la ruta C-314 e ingresó a la pequeña rotonda que tiene la ciudad. Desde ahí salió directo a la carretera que lo llevaría al aeropuerto.

Al llegar a su trabajo encendió la televisión y seleccionó el canal de noticias. En el televisor, un periodista hablaba frente a la cámara:

«Después de asumir el cargo, el presidente electo, Sebastián Rodríguez, visitará Chañaral. Como recordarán, esta ciudad fue afectada por segunda vez en menos de dos años, por un aluvión que destruyó gran parte de la infraestructura y las vías de conexión con otras ciudades.

» Seis meses han pasado desde que ocurrió este evento de la naturaleza y la ciudad aún no ha sido restaurada en su totalidad. Sus habitantes protestan seguido ante las autoridades, incluso frente al edificio del gobierno regional ubicado en Copiapó».

—Espero no tener turno ese día —comentó Dylan en voz alta.

La visita de un presidente de la República siempre se tornaba en una jornada caótica, sobre todo si el avión presidencial llegaba en horario de vuelos comerciales. El operativo policial que se desarrollaba antes de aterrizar y despegar el avión del primer mandatario era intenso. Muchas veces los pasajeros reclamaban porque los policías producían atochamientos al ingreso del aeropuerto debido a las revisiones de vehículos y personas.

Dylan inicio su rutina diaria de chequeo a las nueve de la mañana. Salió de la oficina saludando al que se le cruzara en el camino. Lucía reluciente y relajado.

El día estaba despejado y el itinerario aéreo seguía su curso tal como había sido programado.

La jornada de hoy era excepcional ya que a las tres de la tarde terminaba su turno. Un excelente horario para pasar por Fran y Juan Pablo e ir a disfrutar de la playa.

Un tenue rayo de luz solar ingresó por la ventana alumbrando el rostro de Francisca que dormía plácidamente. Eran las diez de la mañana del sábado y Dylan preparaba el desayuno para sus dos seres amados. En la entrada de la puerta de la cocina estaba Rex, a la espera de su alimento.

Pan integral tostado, queso blanco, palta, queso mantecoso, jamón acaramelado, leche y un exquisito y aromático té adornaban la mesa.

Juan Pablo fue el primero en despertar, el aroma a pan tostado le había llegado a su nariz y al parecer su cerebro reaccionó a este estímulo.

Fran, sintió los labios del amor de su vida y en ese momento abrió sus ojos.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, amada mía. El desayuno se encuentra listo y servido a la mesa. Tenemos que apurarnos porque Juan Pablo ya está arrasando con todo —. Ambos lanzaron una carcajada.

Todos se sentaron a disfrutar el exquisito desayuno mientras conversaban y reían con las historias de infancia que relataba Dylan.

Una vez que finalizaron esta actividad, Francisca, con la ayuda de sus dos amores, retiró las tazas y alimentos que no fueron consumidos. Dejaron todo ordenado y se fueron de compras al supermercado. Allí se abastecerían con lo necesario para el almuerzo que compartirían con sus vecinos José Alcérreca y Miriam Cortés.

—Ya tengo todo lo que necesito en el carro ¿Llevarás vino? —preguntó Fran a su marido.

—No amor, José llevará uno.

De vuelta en su hogar, comenzaron con la preparación de la «especialidad de la casa», como solía bromear Dylan a Fran.

A la una de la tarde en punto, José y su esposa bajaron de su vehículo e ingresaron al jardín de la casa de su amigo y vecino. Alertado por los ladridos de Rex, Dylan se adelantó y abrió la puerta.

—Queridos amigos, pasen por favor, siéntanse cómo en su propia casa.

—Muchas gracias —dijeron los invitados, entretanto José sacaba el exquisito vino.

Dylan los llevó hasta la sala de estar y les ofreció un aperitivo. Cuando estaba sirviendo los tragos, Fran entró a saludar.

—Queridos José y Miriam, gracias por venir y acompañarnos hoy.

—Fran, muchas gracias a ti por invitarnos —dijo Miriam.

—El almuerzo estará listo en diez minutos, así que tenemos tiempo para ponernos al día, Miriam—. Todos los amigos rieron.

En un extremo del sillón se sentaron ambas mujeres, mientras que los hombres comenzaron a conversar en el bar.

—¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó, Dylan.

—Estuvo extraordinario. Pude cumplir todo lo que tenía planificado.

—¿A qué país viajaste?

—Estuve unos días en Francia y aproveché las cercanías de los países europeos para visitar España, lugar de donde provenían mis abuelos.

—¿Supongo que te enteraste de los atentados terroristas en ambos países?, aún no puedo creer cómo es posible tener ideas tan radicales al punto de matar a otros porque no piensan igual que uno.

—Yo creo, Dylan —Alcérreca se acomodó en el asiento— que todos los actos que hacemos los humanos deben ser analizados buscando sus causas. Para muchos, las invasiones, masacres, asesinatos de niños y mujeres, la destrucción de ciudades y pueblos árabes enteros por parte de los Estados Unidos y sus aliados europeos son celebrados y publicados en la prensa como grandes logros para la... —Levantó sus manos haciendo el gesto de comillas con los dedos— democracia. Pero... ¿qué sucede con aquellos que fueron reprimidos? ¿es legítimo defenderse o pagar con la misma moneda?

—Aun viéndolo desde esa perspectiva me inquieta pensar que usan el nombre de Dios para cometer estos atentados —objetó Dylan.

En el momento en que José le iba a responder, Miriam y Fran se acercaron.

—El almuerzo está listo caballeros, pasemos al comedor —indicó Francisca mientras tomaba del brazo a su marido.

Ya en la mesa, disfrutando del rico almuerzo y sabroso vino, José les explicaba a todos los que estaban reunidos la historia de Copiapó y sus alrededores, haciendo gala de sus conocimientos y de buen conversador.

Tres horas después, los anfitriones acompañaron a sus invitados hasta la salida de la casa y les agradecieron por haber asistido al almuerzo. Había sido una tarde muy entretenida para ellos.

4

Domingo, 2 A.M.

Alcérreca giraba de un lado para otro en la cama. Tomó el teléfono móvil que estaba en su mesita de noche y miró la hora. Como no podía dormir, decidió levantarse evitando despertar a Miriam que dormía a su lado.

La casa de tres pisos que construyó en Bahía Loreto, una localidad que se encuentra entre Caldera y Bahía Inglesa, era el lugar perfecto para disfrutar de la tranquilidad y el sonido del mar. Su casa destacaba entre las otras.

El primer piso es ocupado por el living y el comedor. En el segundo nivel se encuentran los dormitorios y en el tercer piso está la sala de estudio, el sitio preferido para leer y lo más importante en su vida: orar a Alá.

José ingresó a la sala y encendió la computadora. Mientras ésta realizaba la carga del sistema operativo juntó las yemas de los dedos de cada mano, una y otra vez, separándolas y juntándolas sucesivas veces.

Por fin, la computadora inició. Abrió el navegador y escribió: portal de noticias europeas. Hizo clic en el enlace y accedió al sitio web de noticias. Allí quedó a la espera de la actualización de la página.

A esa misma hora de la madrugada chilena, a doce mil seiscientos noventa kilómetros de distancia, el reloj mural del aeropuerto de Atatürk, en Estambul, marcaba las nueve de la mañana.

El patio de comidas del principal aeropuerto de Turquía se encontraba lleno. En el aire podían olerse exquisitos aromas procedentes de los

restaurantes y se escuchaba un bullicio ininteligible. Muchos pasajeros esperaban una mesa para poder sentarse a comer.

Abdul al-Omari se detuvo en el espacio delimitado para dejar pasajeros y del interior del vehículo bajaron dos ocupantes que ingresaron a la terminal. Él avanzó y se dirigió con su furgoneta al estacionamiento.

Khalid al-Mihdhar se encaminó hacia el sector de los restaurantes, mientras que su hermano Mohamed se dirigió al control de seguridad para ingresar a la zona de embarque.

Adem Demir, un garzón del restaurante Otomano, le hizo una seña a un cliente y a su acompañante para indicarles que podían pasar y los llevó a una mesa.

— Hoş geldiniz! —dijo en turco, dándoles la bienvenida. Le entregó a cada uno la carta de comidas y bebestibles.

—Gracias —respondió el cliente.

Este restaurante y todos los que están ubicados en el segundo piso estaban llenos de hombres, mujeres y niños que disfrutaban sus comidas y bebidas.

Khalid subió la escalera a paso lento, llegó al segundo piso y miró a su alrededor. El sudor le corría por la frente, sus manos le temblaban y su pulso cardíaco comenzó a acelerarse. Para tratar de aminorar este nivel de estrés comenzó a decir en voz baja:

—Quienes cambian la vida de acá por la otra, combatan por Alá, a quien, combatiendo por Alá, sea muerto o salga victorioso, le daremos una magnífica recompensa.

Entonces... sacó de entre sus ropas un fusil de asalto...apuntó...presionó el gatillo y comenzó a disparar hacia el interior de los restaurantes.

Adem, el garzón, recibió el primer impacto de bala en su espalda. Cayó muerto encima de la mesa. Los clientes que acababan de sentarse se lanzaron de inmediato al suelo al ver al terrorista, pero no pudieron salvarse ya que una ráfaga de balas los atravesó, quitándoles la vida en forma instantánea.

Khalid comenzó a avanzar por el exterior de los restaurantes mientras seguía disparando. Las balas destrozaban los vidrios y atravesaban fácilmente el cuerpo de los clientes que eran acribillados. Muchos pasajeros que estaban comiendo y bebiendo en ese lugar trataban de protegerse, incluso, bajo los muertos que estaban en el piso

ensangrentado.

Una vez que acabó todas las balas, cambió el cargador curvo de su AK-47. Aprovechando este momento, varias personas pasaron por encima de los muertos y heridos y se colgaron de las barandas, lanzándose al primer piso sin importarles la altura. El miedo se veía reflejado en sus caras mientras corrían desesperados por salvar su vida.

Simultáneamente en el primer piso, antes de ingresar al control de la sala de embarque, Mohamed sacó su arma y vació su fusil Kalashnikov.

El primer tiro ingresó por la frente del funcionario que revisaba la máquina de rayos X, destrozando su cabeza. Después comenzó a realizar un barrido con su arma, matando a los guardias de seguridad, a los pasajeros que esperaban embarcarse y destruyendo con el poderío de esta arma todo a su alrededor. Los cuerpos de los muertos y heridos iban cayendo como piezas de dominó, uno tras otro.

Los gritos de la gente eran ensordecidos por el ruido de los fusiles de asalto de los hermanos al-Mihdhar.

Muchos pasajeros que estaban en otros sectores y que vieron a los perpetradores del atentado o que escucharon los disparos, comenzaron a arrancar hacia el estacionamiento exterior para ponerse a salvo, pero ahí, estaban siendo esperados por Abdul, que, parapetado al lado de la furgoneta, comenzó a disparar ráfagas de balas, matando a varias personas, incluso a algunos que habían logrado escapar de Khalid, el terrorista que se encontraba en el segundo piso.

El aeropuerto era un caos total. Algunos de los guardias de seguridad que se encontraban en el sector oriente fueron alertados por radio y eran guiados desde la sala de cámaras de vigilancia hacia el lugar en donde se encontraban los terroristas.

Un grupo de estos guardias se refugió a la subida de las escaleras de los restaurantes y comenzaron a disparar en contra de Khalid, el cual al verlos giró y gritando la consigna: «¡Allahu Akbar!», «¡Allahu Akbar!», «¡Allahu Akbar!», se inmoló, haciendo estallar el cinturón de explosivos que llevaba.

El cuerpo de Khalid quedó destrozado en el acto y la potencia de su bomba destruyó todo el segundo piso, terminando con la vida de varias personas que habían quedado heridas y de los guardias que le disparaban desde las escaleras.

Mohamed seguía matando personas en el primer piso. Avanzaba con su arma disparando en todos los sentidos sin importarles las súplicas u

oraciones de sus víctimas.

Un vigilante armado que logró ingresar a la zona comenzó a disparar en contra de Mohamed logrando herirlo en un hombro y una pierna. Cuando el terrorista cayó al suelo, activó la bomba que tenía adosada a su cuerpo. Al igual que el efecto de la bomba de su hermano en el sector de restaurantes, destruyó casi por completo la sala de embarque.

Abdul terminó de vaciar sus dos cargadores especiales del fúsil, subió al vehículo que conducía y salió a toda velocidad en dirección a la autopista Çobançeşme Kavşağı, rompiendo a su paso las barreras de seguridad del estacionamiento.

El aeropuerto había quedado convertido en un campo de guerra. Cuerpos mutilados, sangre regada por todas partes, muertos y heridos por doquier. Era una imagen dantesca.

Abdul al-Omari condujo por quince minutos, luego abandonó el vehículo en la carretera y subió a un auto que lo esperaba a veinte kilómetros de donde cometió el atentado. Avanzaron mil metros y realizó una llamada al teléfono celular que estaba conectado a una bomba en el interior de la furgoneta, haciéndola estallar.

En la localidad de Alikahya Fatih, ubicada a cien kilómetros del aeropuerto internacional Atatürk, le esperaba el último automóvil que lo llevaría directo a la ciudad fronteriza de Akçakale, en un viaje de mil trescientos kilómetros. Una vez allí, cruzaría por pasos no vigilados a Raqqa, la ciudad norteña de Siria que es controlada por el Estado Islámico(EI).

La televisión turca, europea y americana transmitía en vivo las consecuencias del atentado y daban la información que había cientos de muertos y heridos. Las redes sociales se llenaban de videos y comentarios de los hechos acaecidos. Los periódicos y portales informativos subían reportajes, fotografías y testimonios de los sobrevivientes de la tragedia.

Alcérreca abrió los ojos al ver la actualización del sitio web: Atentado terrorista en el aeropuerto de Atatürk en Turquía. Accedió a la noticia:

«Estambul, Turquía. Un horroroso atentado fue cometido a las nueve de la mañana, hora local en Turquía, por un grupo de terroristas armados con fusiles AK-47 y bombas adosadas a sus cuerpos. La cifra de muertos hasta el momento es de ciento veinte personas y más de setenta heridos, que incluye ancianos y niños que disfrutaban comiendo en los restaurantes o

que estaban a la espera de embarcar.

» Las autoridades turcas han desplegado a sus equipos antiterroristas y unidades especializadas por todo Estambul para dar caza al terrorista que escapó en un vehículo.

» La policía distribuyó las imágenes de los terroristas que fueron obtenidas de las cámaras de seguridad. En ellas se puede apreciar cuando dos de los asesinos descienden de una furgoneta en la zona de llegada de pasajeros y el conductor ingresa con la furgoneta al estacionamiento. Este último sujeto es el que disparó en contra de las personas que huían de los terroristas que estaban en el interior de la terminal y es el que escapó. Los otros dos hombres armados se inmolaron haciendo estallar las bombas que llevaban bajo su ropa.

» El Estado Islámico, conocido también como Dáesh, se adjudicó el atentado. Uno de sus miembros yihadistas habla en un video (ver video aquí), diciendo: "Este es un mensaje a los enemigos del islam y a los aliados de los Estados Unidos e Israel. No les dejaremos tranquilos en ninguna parte, ni siquiera en vuestros sueños podrán descansar"».

Alcérreca se puso de pie y se acercó al ventanal para salir a la terraza. Al abrir la puerta, una ráfaga de aire, con el olor característico de las zonas costeras, golpeó suavemente su cara. Se apoyó sobre las barandas, miró hacia la plaza de armas de Caldera y observó la cruz que está en la última torreta de la iglesia católica, luego miró al cielo y contempló el vasto universo que había sobre su cabeza. Maravillado por la inmensidad, dijo: Gracias Alá.

Reingresó a la sala de estudio, abrió el cajón de su escritorio y sacó una tela bordada, la extendió en el piso con orientación hacia la Meca, se sacó los zapatos y levantó sus manos hasta los oídos diciendo en un tono leve: «Allahu Akbar», dando inicio al ritual de oración.

Al concluir su encuentro espiritual con Alá, procedió a guardar la tela, apagó la computadora y volvió a su cama. Estaba seguro de que ahora podría dormir bien.

Sentados alrededor de la mesa se encontraban reunidos los representantes de la Policía, Ejército, DGAC, Oficina Nacional de Emergencia, dos funcionarios de la empresa concesionaria que administra el aeropuerto y personal de la línea aérea involucrada en el accidente ocurrido en el aeropuerto de Atacama.

Los carros del cuerpo de salvamento y extinción de incendios salían vertiginosamente hacia la pista número dos, en donde se encontraba partida por la mitad e incendiándose la aeronave.

Las ambulancias ingresaban a buscar a los heridos y quemados que eran rescatados por los socorristas.

El ingreso a la terminal fue bloqueado por los carabineros, mientras que el personal de seguridad evacuaba el edificio principal y cerraban los accesos, dejando sólo una puerta vigilada.

Los familiares que esperaban que el avión aterrizara estaban en shock. Algunos gritaban, otros se desmayaban y un pequeño grupo de ellos se comportaban agresivos con el personal de la aerolínea porque no les daban información de los heridos, sobrevivientes o fallecidos en el accidente.

Scarlett Vega, jefa de aeropuerto de la compañía aérea Fly Airlines, corría de un lado para otro hablando por radio y tratando de entregar información a sus compañeros que se encontraban tras el mesón de servicio de atención a pasajeros.

—¡Atento líder del equipo de rescate! ¿Me copia? —preguntó Luis Arnés.

—¡Sí, le copio!

—Reporte la situación actual, por favor.

—Bomberos se encuentra apagando el fuego. El avión está partido en dos. Hemos rescatado a veinticinco personas con vida que están siendo trasladadas en ambulancia, los más graves con destino al hospital de Copiapó y los leves están siendo atendidos y evaluados por personal médico en la sala de embarque. Hasta ahora van setenta fallecidos.

—Arnés lanzó un suspiro y transmitió la información al resto de los presentes.

A los pocos minutos comenzaron a llegar más ambulancias y los carros del servicio médico legal con varios forenses que certificarían el fallecimiento de los ocupantes del avión y pondrían los cadáveres en bolsas, para

después llevarlos a un contenedor habilitado como morgue.

Cuarenta minutos después de ocurrido el accidente, aparecieron periodistas de distintos medios informativos. Colocaron sus vehículos cerca de las mallas que separan el recinto aeronáutico del sector público, elevaron las antenas parabólicas e iniciaron las transmisiones.

—¡Atento jefe de seguridad! Habla Dylan Flores.

—Adelante, le copio.

—Tengo periodistas tratando de ingresar a la terminal, espero instrucciones.

—¡Por ningún motivo los deje entrar aún! —replicó Arnés.

Los guardias de seguridad reforzaron el único acceso que habían dejado habilitado para el ingreso de familiares y autoridades.

La sala de embarque se había convertido en un improvisado hospital, en donde los heridos menos graves eran atendidos y revisados por los médicos. Por el otro lado, la sala de arribo estaba llena de familiares, personal de la línea aérea, sicólogos y guías espirituales de varias religiones.

Funcionarios del aeropuerto llevaban botellas con agua envasada, sillas y otros elementos que sirvieran de comodidad a las familias en desgracia.

Dylan recorría todas las dependencias del aeropuerto e iba entregando reportes por radio al centro de emergencia que se había conformado.

—¿Scarlett, me copia?

—Le copio, Luis.

—Por favor reporte el número de pasajeros que traía la aeronave, el modelo y la cantidad de combustible que contenía el estanque.

—El avión es un A319, cargado con seis mil kilos de combustible, traía una tripulación de cinco miembros y ciento cincuenta pasajeros a bordo.

—Gracias, Scarlett. Atento líder de rescate indique la información que usted tiene, por favor.

—El saldo total de fallecidos es noventa y los heridos son sesenta, sumando con esto los ciento cincuenta pasajeros que traía el avión. Con

respecto a la tripulación hay tres heridos y dos fallecidos.

El jefe de seguridad se acercó a la pizarra y actualizó los datos, luego se dio vuelta y les habló a los asistentes:

—Damas y caballeros, frente a ustedes se encuentran las estadísticas de fallecidos, heridos y los tiempos de respuesta de cada uno de los estamentos que representan. Haremos un informe con todos estos resultados y de las mejoras que podemos aportar. Con esto doy término al simulacro de accidente aéreo. —Tomó la radio de comunicaciones y dijo:

—Se da por finalizado el simulacro. Les agradezco a todos por su ayuda y participación, por favor, den mis agradecimientos también a los actores que representaron a los familiares, fallecidos, heridos y paramédicos. Lo hicieron con gran realismo.

Por último, miró a cada uno de los asistentes del centro de operaciones de emergencia y les indicó que el aeropuerto estaba con alerta amarilla, debido al atentado que se había cometido ayer en el principal aeropuerto de Turquía.

—Ahora los invito a un cóctel que está preparado en el salón y les recuerdo que en tres meses más realizaremos un simulacro de interferencia ilícita con toma de rehenes.

Todos los que estaban en la sala de reuniones se comenzaron a parar de sus asientos, saludándose y felicitándose por el éxito del simulacro.

El salón principal que servía como centro de eventos del aeropuerto recibió a los participantes del simulacro. Varias mesas con manteles blancos tenían productos producidos en Atacama. Había aceitunas, uvas, un exquisito ceviche y varias bandejas con ostiones a la parmesana y crudos, sacados recién del mar de Caldera.

Cuando ingresaron al salón, los asistentes quedaron sorprendidos con tantas delicias.

El capitán de Carabines de Chile que había llegado desde Temuco a la ciudad de Caldera el día anterior para hacerse cargo de la unidad policial ingresó junto a su ayudante y se dirigieron a la mesa de los ostiones crudos. Tomó uno, sacó un limón y lo exprimió; el jugo de éste comenzó a llenar la concha del molusco... entonces, lo llevó a su boca y lo saboreó como un manjar de los dioses.

Un camarero se acercó a Dylan y a Luis Arnés para ofrecerles queso y aceitunas. Los amigos y compañeros de trabajo conversaban

animadamente en una esquina del salón.

—¡Salud, Dylan! aunque sea con jugo. —Dijo, Arnés riendo, al tiempo que golpeaba con su vaso plástico el de su amigo.

—¡Salud, Luis!

Desde el día en que se conocieron, hace cuatro años atrás, Dylan y Luis comenzaron a cultivar una bonita amistad que incluyó a sus respectivas esposas e hijos.

Al finalizar la actividad, Dylan volvió a su oficina. Ahora tocaba el turno de redactar el informe con el máximo detalle de los tiempos de respuesta y las mejoras que se pueden agregar a estos simulacros.

Antes de sentarse a escribir, encendió el televisor y comenzó a ver la transmisión en vivo del cambio de mando presidencial chileno que se estaba llevando a cabo en el Congreso Nacional.